

UN SABER ACERCA DEL HOMBRE

Durante miles de años toda teoría filosófica ha tratado de indagar el camino de la realidad para una autorrealización sosteniendo que toda especulación tiene su origen en la experiencia humana.

Si nos referimos a las actividades del hombre, su objetivo es alcanzar un verdadero diálogo con la realidad y el principal peligro sería el de la alienación, es decir, que estas actividades tomen al hombre como objeto y no como sujeto.

Mas, ante todo, ¿quién es el sujeto? Su estructura es compleja. Aquí reside la dificultad. Consta de un cuerpo físico, que es la realidad más básica del individuo y un alma, que debe contar con esta realidad corporal.

El alma es una estructura que tiene dos movimientos: uno de immanencia por el cual se constituye en sí misma; otro, de transcendencia, mediante el cual sale de sí misma para conocer a los demás. Estos dos movimientos se objetivan en una ley, la ley de la perfectibilidad.

Esta ley de la perfectibilidad estructura a este ente complejo y no simple. La simplicidad llevaría implícita una adecuación de estos dos movimientos, que cualquiera de nosotros estaría muy lejos de reconocer.

Perfectibilidad significa capacidad de superación, posibilidad, proyecto. Mas si capacidad también educación de estas dos leyes o movimientos que estructuran el alma, el immanente o reflexiológico y el de transcendencia. Aquí se inscribe la psicología, la ética y, cómo no, la filosofía.

Fernando Rielo habla de esta ley de la perfectibilidad y, en definitiva, de la persona:

La apertura genética hace de la persona humana realidad abierta al sujeto absoluto: la inhabitación del acto absoluto en este ente creado es de carácter también absoluto. La naturaleza de la "inhabitatio essendi" es presencia constitutiva; de otro modo, la persona humana, cerrada en sí misma, se convertiría en el absurdo de un immanente que, carente de principio, estaría privado, a su vez, de toda relación genética (1).

La inadecuación entre el carácter introvertido y la extraversión; el egoísmo y la generosidad; el trabajo y el ocio; la alienación y la satisfacción encuentran en esta estructura antropológica su raíz.

Estas oposiciones son, en realidad, una inadecuación que lleva consigo un estado de inseguridad, que se revela entitativamente en la contingencia del ser humano y psico-

lógicamente en un estado de incompletitud, de fragilidad, que exige un alguien que sea origen y a la vez destino.

María Zambrano toca esta vivencia, y bajo la sugerencia de un tema palpitante: *La confesión, género literario y método* revive este planteamiento:

Es el derecho a la evasión suprema, a la huida de todas las contradicciones de la existencia, al olvido de todo para llegar al éxtasis.

Es el centro creador, desde donde los contrarios cesan de ser percibidos como contrarios (2).

Y añade:

Justamente en esta donación de la realidad nos encontramos a nosotros mismos, entramos en ella y, sin suponer nada parecido a ninguna identificación mística, lo cierto es que cuando entramos en esa realidad descubierta nos revelamos a nosotros mismos (3).

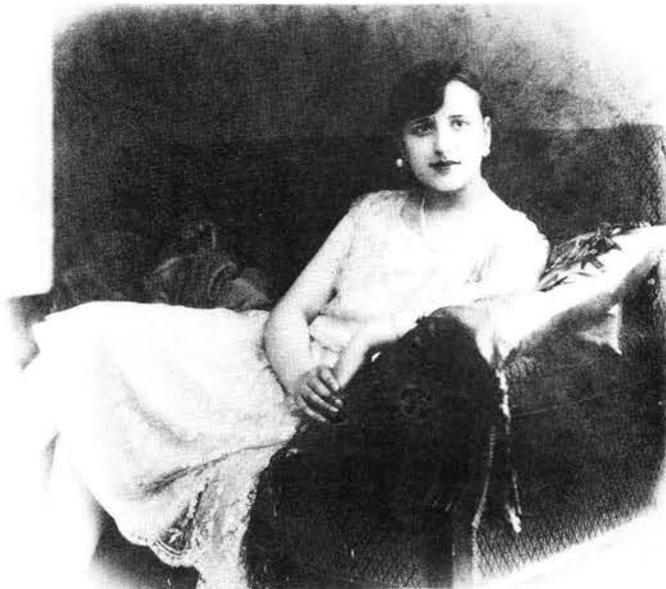
La filosofía occidental, desde Platón a María Zambrano, ha narrado con bellísima poesía el carácter y la energía del espíritu del ser humano. Fernando Rielo lo expresará de este modo:

La creación humana es de un espíritu y su éxtasis por el acto absoluto: la naturaleza humana consiste, pues, en la indivisible unidad creada de un espíritu y su éxtasis (4).

El éxtasis responde, por tanto, a la necesidad que tiene el ser humano de plenificarse, hallar su autenticidad en el encuentro con quien es su origen y su destino.

¿Qué significa este acto de salir de sí mismo? ¿Qué sensaciones y percepciones le acompañan? Vemos que el éxtasis es un acto de comunicación con otro y lo es de todo el ser, es decir, integral por lo cual el hombre percibe una apertura sensitiva e intelectual. El poeta, el artista, el amante persiguen este estado de comunicación como fuente de creatividad y de belleza. Todo ser humano ama en razón de la necesidad que siente de ser atraído por otro. La presencia de una persona, la admiración que sentimos por los demás por las artes o la naturaleza es estimada según el grado de capacidad extática a que nos mueve. La ciencia, en fin, es estimada por cuanto nos roba nuestra atención, nos despierta, nos mueve al éxtasis.

Expresar esta experiencia comunicativa, observar esta conciencia es de tan honda significación que el hombre recurrirá una y otra vez a perfeccionar este conocimiento. Los hombres —dice María Zambrano— "nos sentimos



Araceli, hermana de María Zambrano, en Segovia, 1926

como seres desprendidos, a medio hacer y a medio encajar en una realidad presentida que buscamos" (5).

Platón define con un término esta magnífica experiencia, la anámnesis. La anámnesis es una vivencia anímica que se vive "a través del recuerdo". Este recuerdo es una presencia en la memoria de otra vida que nos trasciende, en la que estuvimos y que ahora nos está constituyendo.



María Zambrano en Segovia, cuando tenía 14 años

María Zambrano expresa con mil sugerencias y matizaciones cuanto venimos diciendo:

La vida del hombre muestra (que en la confesión), no teniendo unidad la necesita y la supone; muestra en su dispersión temporal que debe existir algún tiempo, sin la angustia del tiempo presente. Muestra... que la vida no se expresa sino para transformarse (6).

Fernando Rielo matiza que es el espíritu quien hace la síntesis—unidad—del alma y del cuerpo y, por tanto, más que vivir una dispersión, el espíritu concentra la fuerza creativa y trascendente del hombre.

La inhabitación ontológica es de necesidad para que la antropología y la ética sean dignas del hombre: en antropología, porque la inhabitación es el trascendente que hace del hombre finito abierto que, por imperativo genético, es, metafísicamente, coloquial con el sujeto absoluto; en ética, porque la inhabitación establece el régimen moral que hay que suponer por este mismo imperativo en estado de rectitud. El sujeto absoluto es único modelo antropológico y ético del hombre que tiene la sana ambición de llegar a su plenitud perdurable. La negación de esta inhabitación genética rustra al hombre en tal grado que, cerrado en sí mismo, se erige en degenerada identidad que la muerte se encarga de desmentir (7).

En efecto, todo lo que el hombre siente que le despersonaliza, o explota frente a su aspiración al juego, la creación, etc., se le aparece como auténtica frustración. Del mismo modo rechazamos recuerdos, artes, ciencias y hasta seres humanos que impidan en nosotros la trascendencia y nos lleven a lo inmanente, es decir, a clausurarnos a nosotros mismos.

El éxtasis no tiene que ver ni con la evasión ni con la sublimación que son, más bien, estados de insatisfacción y desasosiegos del ser humano. Tampoco se parece, claro está, a las formas de identidad o clausurantes, más propias de las diversas variables del egoísmo o egolatría.

De aquí, la importancia de educar el éxtasis. Es dar forma a la energía que capacita al hombre para asimilar la realidad sin recuerdos ni olvidos, sólo presencia.

El alma no puede estar en sí, pues en la vida está el salir de sí, el no bastarse a sí misma, el ser trascendente. La dispersión es el amor frustrado, el afán de trascender frustrado también (8).

María Zambrano llega a decir que ser o no ser filósofo no es más que una cuestión amorosa. Es por esta presencia inhabitante del amor en nosotros, que se experimenta la aspiración o conjunto de aspiraciones que transforman y transfiguran lo que en sí es trascendente hasta hacerlo nuestro. Ello es posible gracias a los dos movimientos extáticos—de los que ya hemos hablado—y en virtud de los cuales la persona es impulsada a vivir de forma satisfactoria.

- la inmanencialidad, la persona se enriquece a sí misma;
- la transcendentalidad, en función de la sociedad y del absoluto.

López Quintas expresa el éxtasis de este modo:

El éxtasis es un acontecimiento que se produce cuando una realidad atrae poderosamente al hombre sensible a los valores, afanoso no tanto de dominar las realidades del entorno cuanto de crear con ellas "hábitos de interacción lúdica... Al obedecer a esta "voz interior", el hombre no se aliena o enajena; se eleva a lo mejor de sí mismo. Esta plenificación personal produce en el ánimo del hombre un sentimiento de gozo (9).

Descubrir nuestro ser y nuestro destino, indagar en la naturaleza humana y desvelar su origen es sentir hondamente la fuerza del espíritu. La filosofía del éxtasis será asimismo desvelar su intimidad y notar su fuerza como verdadera posesión de sí y nunca como reatrimiento.

Educación en el éxtasis requiere poner las condiciones y medios adecuados para alcanzar la sensibilidad espiritual, moral y física.

El mundo físico requiere de la nutrición, descanso, vestido y, en fin, un bienestar que impugna cualquier manifestación de dolor o sensación desagradables.

El alma comporta, a su vez, un mundo de imaginaciones, tendencias y emociones que determina su comportamiento singular y social. Esta energía anímica es dirigida por la persona a fin de satisfacer su intimidad; la insatisfacción produce graves perturbaciones en la estabilidad psíquica del individuo. Una existencia tensa es amenazante; una existencia placentera favorece la vida.

Si nos referimos al espíritu, éste le es al hombre lo más querido; se sabe persona frente a los animales. Comprueba empíricamente que es más que sus instintos, sus emociones, sus pensamientos, su voluntad. Todo este cuadro que se presenta a su persona, puede dirigirlo.

La mayoría de los hombres tienen las dos partes enfrentadas tratando desesperadamente de unirse dentro de un soma integrado, donde se puedan borrar las diferencias entre la mente y el cuerpo, los sentimientos y el intelecto.

Aquí creemos que radica el valor de la formación o educación del éxtasis; enseñar al niño a extasiarse ante las cosas y los acontecimientos, es más que el hecho material de enseñarle a leer o escribir.

El éxtasis es, pues, el acto propio de la persona humana. Lo contrario, la clausuración de uno mismo por las razones que fuere será siempre un atentado a la integridad personal. El éxtasis es propio del ser humano, aunque existan personas sin apenas consciencia del mismo.

Otros, conscientes de la salud psicológica, de la felicidad moral que comporta, ponen los medios que conocen para vivirlo. Los poetas, los artistas, los enamorados y no pocos científicos son ejemplos vivos, al tiempo que modelos evocadores de la existencia de otros paraísos en los que nada de lo creado se ha destruido y todo está en su plenitud.

La dinámica del alma es un apetito por alcanzar el estado de plenitud. Los estatismos no han captado estos movimientos.

El ejemplo de la filosofía, de la literatura, de las religiones históricas son el dato empírico. Las metáforas mediante



La madre y la hermana de María durante los años de la Segunda Guerra Mundial en París

las cuales Platón, Plotino, San Agustín describen este estado de gloria como un sol, bien supremo, del que todas las demás cosas reciben su reflejo, su calor son expresión de que en el hombre, a pesar de las imprecisiones del lenguaje, hay una voz común.

María Zambrano dice acerca del espíritu:

... por espíritu entendemos la posibilidad infinita de toda vida y su necesidad (la necesidad individual) de renacer, pues el individuo, para serlo, necesita renacer, ser de nuevo engendrado (10).



María Zambrano, Madrid, 1936

La educación debe tener, sobre todo, un motivo: conocer cuál es el alma del enseñante para conducir sus leyes psicológicas al éxtasis. El planteamiento será procurar esta vida extática, según las propias condiciones psicológicas. "Un encontrarse entero por haberse enteramente dado", dirá María Zambrano (11).

Las formas actuales con las que ciertos jóvenes hoy encuentran su éxtasis no son por degenerativas menos extáticas. ¿Cómo, si no, se puede explicar que se entreguen con tanta pasión a la muerte? La ignorancia en la que viven no ha sido impedimento para sentir con la misma fuerza que el resto de los seres humanos su esencia el éxtasis.

Pero perciben la ausencia de esta voz que les indica el destino, e ignorantes se sienten atraídos por un éxtasis negativo.

Sus lamentos son tan fuertes, sus gritos tan lastimeros que dejan en sus rostros, como el *Edipo* de Sófocles, la huella de unos cuencos grises porque no quieren que sigan siendo ojos que, teniendo la misión de ver, jamás les haya transmitido visión alguna. Para nada sirve tampoco una vida, que perciben pletórica de ansias que jamás se vieron calmadas; destruyámosla, y ahora sí, con la misma energía que nos ha sido dada.

López Quintás llama a este éxtasis negativo. Vértigo:

El vértigo no plantea exigencias al hombre, pues responde a una actitud facilona de entreguismo. Le invita simplemente a dejarse arrastrar; le exalta y enardece, le da una primera impresión de poder, parece prometerle una conmovedora plenitud, pero al fin lo pone fuera de juego y lo adentra en un estado de desesperación-sentimiento polarmente opuesto al entusiasmo (12).

En fin, está claro que el desarrollo del niño y la madurez del adulto consiste en su comprensión acerca del mundo y de sí mismo venciendo —como decían los estoicos— no pocos temores y muchos prejuicios y distorsiones de la mente y de los sentimientos.

Lo contrario, es el vértigo o la desesperación, como también dice María Zambrano:

Desesperación por sentirse obscuro e incompleto y afán de encontrar la unidad. Esperanza de encontrar esa unidad que hace salir de sí buscando algo que lo recoja, algo donde reconocerse, donde encontrarse. Por eso la confesión supone una esperanza la de algo más allá de la vida individual, algo así como la creencia, en unos clara, en otros, confusa, de que la verdad está más allá de la vida (13).

Somos, pues, constitutivamente diálogo, íntima referencia a una otredad. Silencio y diálogo intrasubjetivo, contacto con la fuerza de la creación, estancia gozosa donde todo haber es posible. Al sentirse integrada la persona, también lo está su mundo. Si se siente bien, el mundo también le parece bien.

María Zambrano propone el método de la confesión, como guía de una vida, que coincida consigo misma. Esta coincidencia no es fruto de una identidad abstracta o cosificadora, es más bien fruto de una esperanza en alguien que, al mismo tiempo, nos hace reconocernos y encontrarnos.

Bajo esta inspiración entendemos las palabras de María Zambrano acerca de la paternidad:

La vida deja de ser pesadilla cuando se ha restablecido el vínculo filial, cuando hemos encontrado al padre, pero también a los hermanos; cuando podemos contestar a la tremenda pregunta. ¿Qué ha sido de tu hermano? Cuando la pregunta no necesita sernos siquiera dirigida, porque aparecemos yendo de su mano (14).

Hemos tratado una filosofía del hombre definido como sujeto con capacidad de crear, soñar, dueño de su destino, creado para amar, dinámico, es probable, pues, que tenga sentido hablar de amor, comunicación, libertad, independencia, originalidad. Desterrándose así o, cuando menos, esquivando la manipulación, la falta de imaginación y cualesquiera formas de cadenas.

En fin, hemos considerado el éxtasis como liberación puesto que reduce ansiedad, propone la actividad y abandona la clausuración. Expansiona la dicha y la emoción que no se encuentra en realidades exteriores sino en una plenitud interior.

Juana SÁNCHEZ-GEY VENEGAS

NOTAS

- (1) RIELO, F., *¿Existe una filosofía española?*, Ed. Fundación Fernando Rielo, Sevilla, 1988, pág. 124.
- (2) ZAMBRANO, María, *La confesión: género literario*, Ed. Mondadori, Madrid, 1988, págs. 50 y 53.
- (3) *Ibidem*, pág. 26.
- (4) RIELO, F., *Introducción a mi pensamiento*, inédito, pág. 84.
- (5) ZAMBRANO, María, *La confesión: género literario*, *op. cit.*, pág. 20.
- (6) *Ibidem*, pág. 22.
- (7) RIELO, F., *¿Existe una filosofía española?*, *op. cit.*, pág. 132.
- (8) ZAMBRANO, María, *La confesión: género literario*, *op. cit.*, pág. 27.
- (9) LÓPEZ QUINTAS, A., *La juventud actual. Entre el vértigo y el éxtasis*, Ed. Narcea, Madrid, 1982, pág. 111.
- (10) ZAMBRANO, María, *La confesión: género literario*, *op. cit.*, pág. 12.
- (11) *Ibidem*, pág. 26.
- (12) LÓPEZ QUINTAS, A., *La juventud actual. Entre el vértigo y el éxtasis*, *op. cit.*
- (13) ZAMBRANO, María, *La confesión: género literario*, *op. cit.*, pág. 22.
- (14) *Ibidem*, pág. 31.